

En el centenario de un gran extremeño

Francisco de Aldana

Capitán y poeta

por Angel DOTOR

EVOCAR ahora el nombre de Francisco de Aldana, gran militar y poeta español del siglo XVI, con motivo de cumplirse en este año el cuarto centenario de su muerte, trae también a la memoria, por la natural asociación de ideas, dos casos sobresalientes de altísimos portaliras castellanos con cuyas circunstancias personales, y sobre todo, la de su fenecer terreno, cabe encontrar patente afinidad en la biografía de Aldana. Nos referimos a Jorge Manrique y a Garcilaso de la Vega, que consagraron sus vidas a la exaltación de la belleza y de la patria, pereciendo en la defensa de nobles postulados de elevación y amor; dos casos nobilísimos a los que, en cierta manera, cabe sumar el de Aldana.

Nació Francisco de Aldana el año 1537, si bien no hay seguridad dónde, pues mientras unos autores afirman que en la villa cacereña de Valencia de Alcántara, sostienen otros fue en la ciudad partenopea, Nápoles, por haberse trasladado allí su hidalga familia extremeña. En Italia obtuvo protección de los Médicis, por lo que pudo pasar su juventud en Florencia, adquiriendo una sólida formación clásica, en cuyos aspectos intelectual y literario se acusa la doble influencia del neoplatonismo y el hedonismo filosóficos. Adoptó la profesión militar, iniciando sus servicios en las armas el año 1553, y transcurrido un cuatrienio asistió a la victoriosa jornada de San Quintín. Designado miembro de la corte del gran duque de Alba, marchó a los Países Bajos en 1567, donde tomó parte en varias campañas castrenses, acreditando en

ellas su bravura. Tras su regreso a España, dos lustros después, ostentando ya alta graduación, ocupó algunos cargos militares importantes, entre ellos el de alcalde de estratégica fortaleza en la frontera con Francia, hasta que Felipe II le nombró a modo de consejero militar de su sobrino, el monarca lusitano don Sebastián, cargo que habría de costarle su prematura muerte.

Respecto del desatentado empeño de don Sebastián por la conquista de territorios y plazas marroquíes, sobre lo que tanto se ha escrito, así como acerca del singular carácter de aquel joven rey que movíale a llevar a efecto lo que algunos autores denominan "locura africana", escribe Moragas: "La aventura africana de don Sebastián parece ex profeso para señalar la diferencia entre la locura de un esquizofrénico y la extravagancia de un psicópata. Don Sebastián no acometió a un rebaño de corderos diciendo que eran soldados, sino que acometió a un ejército de moros diciéndose a sí mismo y diciendo a los demás que sólo era un rebaño de corderos. El caballero que arremetía contra los corderos no engañaba a nadie. Luchaba en defensa de un ideal, quimérico ciertamente, pero profundamente sentido. Aquel rey que acometió a los moros engañaba a todo el mundo y luchaba para satisfacer su vanidad. He aquí el loco y he aquí el psicópata. Bien distinto el uno del otro, aunque hagan locuras parecidas". Aquel encuentro o batalla "dos Tres Reis" (llamada así por luchar en ella don Sebastián y el jerife Muled Mohamey, aliados contra el jerife Abel Malek) fue desaconsejada por quienes estaban capacitados para ello, entre otros, principalmente, el propio Felipe II "Señalaremos lo que representa un rey —sigue diciendo dicho autor— que quiere ser rey mariscal a la vez, un mariscal que no admite ayuda de ningún capitán, un estratega que, cuando le señalan el número exacto de los guerreros enemigos, se enoja y dice que no puede ser cierto, un militar que se interna en el Africa sin conocer ni uno solo de sus ríos o de sus montes y que se lanza a una tremenda empresa guerrera con la idea de que sólo es una parada militar y que la lleva a cabo con unos soldados que sólo se han ejercitado los domingos y días de fiesta por las plazas de Lisboa y que al primer disparo de arcabuz en tierras africanas se lanzan hacia la plaza para embarcar de nuevo. ¿Y cómo fue posible que todo esto sucediera? ¿No hubo nadie para impedirlo? Hubo casi una nación entera que se opuso; hubo obispos, nobles, generales, que dieron su parecer en contrario; hubo mujeres que vendieron sus ropas, y hasta algunas su honra, para librar a los suyos del ejército expedicionario. Pero todo se estrelló contra la pétrea vanidad del rey y la imbecilidad de sus aduladores. De nada sirvieron los consejos de los mejores, porque el rey no los escuchaba o porque los contestaba con denuestos".

Don Sebastián tuvo una cualidad, una sola cualidad que lo salva porque apareció en él en el momento de la muerte. No fue cobarde. No huyó como huyó Muled Mahomey, su aliado. Clavó las espuelas a su caballo se echó contra los moros y se le vio por todas partes cortando cabezas. Tres veces cambió de caballo por haber perecido el que cabalgaba: tres veces volvió briosamente a la lucha. Por fin cayó muerto. Nadie sabe cómo, nadie sabe dónde. Y si alguien lo supo se lo calló con cautela. Las consecuencias de esta derrota fueron desastrosas para el país ibérico: la muerte del monarca, al dejar el trono en poder de su anciano tío el cardenal Enrique, abrió la crisis sucesoria, mientras el rescate de los nobles exigía la entrega de grandes sumas de dinero que desarticularon su economía. Ambos hechos fueron factores que contribuyeron a su rápida decadencia.

En la jornada de Alcazarquivir, una de las rotas más luctuosas a que pudo conducir esa rara simbiosis de la magalomanía y la imprudencia, desapareció junto al irreflexivo monarca portugués, el gran poeta español cuya evocación muévenos a trazar este pequeño ensayo. Con la muerte de Francisco de Aldana, a los cuarenta y un años de edad, perdió el Parnaso hispano una figura de suma relevancia, que, como dice Guillermo Díaz-Plaja, "pudo ser, mejor aún que Garcilaso de la Vega el símbolo humano del renacentismo español. No lo es por la tremenda desproporción que hay entre la brevedad de su vida y la magnitud de su ambición poética". Lo asendereado que fue para Aldana ese su vivir de aquellos lustros a que le obligaba el llamado esfuerzo bélico-coheroico cohartaron en no escasa medida la libre corriente de su numen, tan fértil y opimo.

La moderna crítica, en la cual retorna una condigna atención hacia este poeta durante tanto tiempo en el olvido, proclama patente reciedumbre como característica de la vena creadora de Aldana, inscrita en cuanto representa la tradición renacentista y asimismo la ambición poética de su mundo metafísico y humano, en el que cabe advertir tres aspectos: el afectivo familiar y amoroso, el natural o exterior de seres y cosas y, por último, el sobrenatural o religioso. Su poesía no vio la luz hasta años después de su trágica muerte, que fue cuando publicó la de su hermano Cosme en una deficiente edición antológica en dos volúmenes aparecida en Milán, 1589, y en Madrid, 1591. Además de los cuarenta y cinco sonetos que de él se conservan, en los cuales "si bien ajustados formalmente al modelo petrarquista, evitan, mediante insólitas descripciones realistas o, a veces, un vehemente prosaísmo, la artificial tendencia a la abstracción y al frío análisis de los efectos en que suelen caer los petrarquistas", Aldana compuso también extensos poemas narrativos o doctrinales, como la *Fábula de Factarte*, com-

prensiva de 1.214 versos sueltos, que es una adaptación al castellano de la *Favola di Fetonte*, de Luigi Alemani, y seis epístolas que, a excepción de la primera, revisten carácter moral. La más conocida entre ellas es la *Epístola a Arias Montano*, compuesta en tercetos encadenados, en torno a "la contemplación de Dios y los requisitos della", en la cual el poeta expone su filosofía personal, inspirada en el ideal horaciano de la vida sosegada y en la metafísica neoplatónica. Puede hacerse una síntesis de cuanto representa la poesía de Aldana poniendo de manifiesto cómo la indagación del proceso psicológico y una voluntad de aniquilación, frontera al quietismo místico, alcanzan en ella momentos de particular lirismo; así como, por otra parte, cabe resaltar el sobrio y viril acento dominante; la expresión, levemente llana y coloquial, y el equilibrio entre el ritmo métrico y el sintáctico, mediante el hábil uso del encabalgamiento, que aproxima el movimiento melódico de esta poesía al de la prosa.

Cuanto escribió Aldana fue muy apreciado en su época, y hubo figuras cimeras de las Letras de entonces, como Cervantes y Quevedo, que le prodigaron sus ditirambos pero no tardó en ser pospuesta tan meritoria labor, probablemente por separarse de artificiosos convencionalismos que llegaron a ser impuestos en la principal tradición lírica del llamado Siglo de Oro. Tras un largo período de indiferencia y olvido, adentrados ya en la presente centuria, ha comenzado a ser revalorizada, meritoria tarea llevada a cabo por algunos competentes enjuiciadores españoles y foráneos, el principal de los cuales ha sido el norteamericano Elías L. Rivers. A continuación transcribimos tres composiciones del poeta, que aparecen incluidas por Juan Ramón Masoliver en su antología *Las Trescientas* (ocho siglos de lírica española). Son las tituladas "Focos tercetos a un amigo", "Descripción y elogio de la guerra" y "Descripción de un caballo":

Pocos tercetos a un amigo

Mientras estáis allá con tierno celo
de oro, de seda y púrpura cubriendo
el de vuestra alma, vil, terrestre velo;
sayo de hierro acá yo estoy vistiendo,
cota de acero, arnés, yelmo luciente,
que un claro espejo al sol voy pareciendo.
Mientras andáis allá lascivamente

con flores de azahar, con agua clara
 los pulsos refrescados, ojos y frente;
 yo de honroso sudor cubro mi cara
 y de sangre enemiga el brazo tiño
 cuando con más furor muerte dispara.
 Mientras que cada cual con su desiño
 urdiendo andáis allá mil trampantojos,
 manchada el alma más que piel de armiño;
 yo voy acá de furia combatido,
 de aspereza y desdén, lleno de gana
 que Ludovico al fin quede vencido.
 Mientras, cual nuevo sol, por la mañana
 todo compuesto andáis ventaneando
 en jaca sin parar, lucia y galana;
 yo voy sobre un jinete acá saltando
 el andén, el barranco, el foso, el lodo,
 el cercano enemigo amenazando.
 Mientras andáis allá metido a todo
 en conocer la dama, o linda, o fea,
 buscando introducción por diestro modo,
 yo reconozco el sitio y la trinchera
 de este profano a Dios vil enemigo,
 sin que la muerte estorbo al ojo sea.

Descripción y elogio de la guerra

Otro aquí no se ve que, frente a frente,
 animoso escuadrón moverse guerra:
 sangriento humor teñir la verde tierra,
 y tras honroso fin correr la gente.
 Este es el dulce son que acá se siente:
 España, Santiago, cierra, cierra:
 y por suave olor, que el aire atierra,
 humo de azufre dar con llama ardiente:
 el gusto envuelto va tras corrompida
 agua; y el tacto sólo palpa y halla
 duro trofeo de acero ensangrentado,
 hueso en astilla, en él carne molida,
 despedazado arnés, rasgada malla;
 ¡oh sólo de hombres digno y noble estado!

Descripción de un caballo

Veréis tras esto al fiero y generoso
 caballo al alto son de la trompeta
 alzar la frente alegre y plateada,
 sacudir el copete y la cabeza,
 el cuello encaramar, erguir la oreja,
 el ojo ensortijar, colar las crines,
 las narices abrir, temblar los labios,
 el suelo patear, tender la cola,
 los dientes rechinar, torcer la boca,
 la cerviz abajar, tascar el freno,
 las ancas recoger, doblar las corvas,
 el pecho dilatar, volar los cascos;
 luego entonar relinchos atronados,
 que no puede dudar que en su lenguaje
 quiera decir: "¡Arma, arma, cierra, cierra!"
 Ahora le veréis fácil y diestro
 con las manos trincar, todo empinándose
 firme en los pies, ora estribando todo
 sobre los brazos, despedir al aire
 dos coces, que a una piedra de diamante
 la redujera en polvorosa nube.

